

Los gritos de los policías, el ruido de pisadas que herían los escalones de madera de las escaleras por las que se subía o bajaba a esos caserones, turbaron la tranquilidad de la noche. El estropicio de platos rotos que caían de las pequeñas mesas que encontraron los perseguidores frente a cada puerta se hicieron ecos en los pasillos. Sigiloso, como un gato, se coló buscando algún hueco entre las hojas de zinc que cercaban el patio. Ya sentía que los burlaba otra vez. Su figura elástica, enjuta se movió como una centella, buscando el amparo de la oscuridad para desaparecer, pero no pudo evitar quedar, frente a frente, con el policía que le disparó.

Carola, medio desnuda, desde el balcón había seguido todos los detalles de la persecución desde que el hombre salió de su cuarto. Su cuerpo de ébano, temblaba de miedo y cuando vio el enfrentamiento entre su amante y el cañón del revólver, soltó un grito, que se oyó fracciones de segundos antes que el tronar del disparo. ¡Baaaaannnggg!

—A él no le hacen las balas, está comprobado. Mira lo que dicen los diarios.

Los dos negros, sentados en bancos cercanos a la entrada de esa gran casa de inquilinato, repasaban los titulares del matutino que en su portada destacaba:

“VUELVE A ESCAPAR PETER WILLIAMS” En otra sección decía, “POLICÍA AFIRMA HABER BALEADO A WILLIAMS Y NI SIQUIERA SANGRÓ.” Hacía ya un tiempo, las noticias de aquel negro Robin Hood, que robaba a los ricos para repartir el producto de sus fechorías con los pobres, ocupaban la atención de toda la ciudad.

—Lo que no saben ellos es que se vuelve humo— volvió a comentar aquel como si nada, provocando dudas en el que sostenía las hojas del periódico.

Los trabajadores negros habían viajado desde sus islas en el Caribe, hacía sólo algunas décadas para trabajar en la construcción del gran canal de Panamá. Los panameños los habían visto llegar con muy pocas simpatías.

Hablaban inglés y olían distinto. Antes llegaron los gringos, construyeron poblados en la zona

El secreto de Peter Williams

POR ANDRÉS VILLA

transistmica y cambiaron todo.

Plantaron letreros en otro idioma y trazaron una línea imaginaria que luego se convertiría en una de malla de ciclón paralela, a ambos lados del canal, donde mandaban ellos, sólo ellos.

Al terminar las obras, los obreros cesantes, en su mayoría negros, se refugiaron en las ciudades limítrofes. Pasaron dificultades, vivieron hacinados en aquellas casas de madera de dos plantas, con hileras de “cuartos donde no entraba el sol”. En esos barrios se multiplicaron, tratando de conservar su idioma y sus costumbres como los hebreos en Egipto. Aquel ladrón del que hablaban los diarios era uno de ellos. Pero con él sucedía algo distinto, los panameños celebraban sus hazañas, sobre todo si las realizaba en el lado de los gringos dentro de la Zona del Canal.

—Dinos todo lo que sabes sobre tu amante. Habla o te irá muy mal —le dijo uno de los detectives a Carola.

—¿Crees que eres la única zorra que tiene? ¡Eres una de tantas! Mira, sabemos que visita a varias en Río Abajo, en el Maraón, en El Chorrillo y qué decir de Colón, allá tiene muchas. Las negras colonenses lo adoran.—dijo otro policía, tan negro como ella, que la miraba con lascivia.

Al final, Carola, confundida pudo convencerlos de que no sabía el escondite de Peter. Entonces le dieron un billete verde de veinte dólares, y un número de teléfono para que llamara si averiguaba

algo, y la promesa de más dinero si colaboraba con la captura del delincuente que se burlaba de la policía de la zona, y de la de Panamá.

La negra, abandonó la estación y nerviosa, tomó la primera chiva que pasó.

Subió a la cabina de madera del singular vehículo de transporte colectivo y sacó la cara por una de las ventanillas, para que los pasajeros de los bancos paralelos no notaran su angustia, aunque el hombre que se sentaba enfrente, estaba más interesado en verle las piernas y sus melosos muslos, cada vez que los bruscos movimientos de la chiva le subían el estrecho vestido.

La cosa no había sido tan sencilla. La policía no sólo quería saber el escondite de Peter, también su secreto. Ella también creía que la bala había impactado en su cuerpo. No sabía cómo había salido tan bien librado. Después del disparo, Peter empujó a su perseguidor y se perdió en los callejones. Todos buscaron un rastro de sangre y no hallaron nada.

Pero lo que más la había molestado era eso, que él tenía varias amantes.

—“Son of a bich” — masculló entre dientes.

Con los días, el periodismo se ocupó nuevamente del ladrón. Esta vez había asaltado una gasolinera, y desaparecido después de un tiroteo y quién quedó herido fue un guardia. Dicen que lo vieron de fiesta, por los lados de Pueblo Nuevo, donde repartió parte del botín en una vecindad de negros pobres. De aquellos oriundos de las islas donde nació su madre.

—¡Son of a bich! ¡Suéltame! Cómo te atreves a entrar otra vez a mi cuarto. ¿No sabes que te buscan?

El fugitivo se había deslizado por la ventana sin despertarla.

Comenzó a forcejear y a arrojarle los trastes de la mesa que estaba en medio de la pieza que servía de comedor, cocina y dormitorio.

La gorra de tela de Peter cayó al suelo. El, con ademanes le pedía que callara, que iba a despertar a los vecinos o alertar a la policía. Carola, al sentir los brazos de su amante sobándole sus generosas caderas

desnudas, así dormía la negra, cedió ante las caricias y se entregó al furtivo visitante, en una frenética unión.

—Peter, Peter, ¿hasta cuándo vas a vivir huyendo? Mi amor, nadie me ama como tú.

El negro, risueño ante las muestras de amor de Carola, se arrebujó entre sus grandes y firmes tetas. La negra vivía sola. Una vez se hizo amante del famoso ladrón despachó al hombre anterior. Le decía a todo el mundo que no podía engañar al gran Peter, que nadie hacía el amor como su Peter.

—Mi amor, en las noches calurosas sueño con tu cuerpo y no puedo dormir pensando que duermes con otras. La policía me dijo que me engañas.

Un rayo de luna se coló por la persiana de la ventana iluminando el rictus de rencor de la negra. Antes del amanecer, el ladrón se vistió y dejó un puñado de billetes en la mesa. Salió sin despertar a Carola. Calándose su gorra hasta las orejas y subiéndose el cuello de su chaqueta, se disfrazó de cualquier negro que a esas horas salía a sus labores en la zona.

Distraído, iba pensando en las palabras de la mujer. Era verdad, ¿hasta cuándo huiría? Había escogido vivir fuera de la ley para humillar a los gringos que despreciaban a su gente. Desde siempre notó que podía escalar y colarse por cualquier puerta o ventana. Recordaba muy bien la vez cuando era apenas un adolescente y su madre lo llevó dónde aquella Madama.

En aquel hermético cuarto, casi en penumbras, la mujer gorda y negra como la tinta, más negra que él, lo había sentado en el borde de la cama. No recordaba muy bien el ritual, pero sí lo que había dicho. Pero antes hizo salir del cuarto a su mamá.

—Tú eres especial, lo sé. Se nota. Eres un negro que será famoso. No sé si para bien o para mal, no está claro — le profetizó la negra, mientras caía presa de extrañas convulsiones que lo asustaron.

Después puso sus manos encima de su cabeza y comenzó a hablar en una extraña lengua que no era inglés, ni español. Parecía que alguien distinto dentro de ella era quién lo hacía y le confió su gran don.

Un secreto que, hasta ahora, le había permitido salir ileso de todas las fechorías que había cometido.

Cuando la mujer volvió en sí, le dijo: —Esto te lo ha mandado el espíritu que me visita. Nunca ha hecho esto, pero tú...eres especial.

Y con mucho temor le indicó que se fuera y a su madre que no lo trajera más.

Ella quiso saber ¿por qué? y la hechicera sólo atinó a decirle que, como Sansón, sería reverenciado por su gente y se perdería por una mujer.

Desde esa ocasión ambos leían en la Biblia, la historia de aquel fortachón, que como él, tuvo un secreto.

—Hola, Peter— le dijo un negro que se cruzó en su camino, despertándolo de sus cavilaciones. Se asombró de ser reconocido y hundiéndose aún más la gorra apretó el paso, perdiéndose entre los callejones que formaban las casas de maderas.

A Carola le chismearon que la otra madrugada, a Peter lo habían visto salir del cuarto de una mujer llamada Selma, en aquella casa, a tan sólo dos calles más abajo. Los celos la invadieron, la curiosidad no la dejaba en paz, nunca antes había tenido la oportunidad de comprobar las traiciones de Peter. Y hacia allá se dirigió. Para saber más de aquella que osaba disputarle a su amante.

La trifulca fue grande. Carola comenzó por indagar a Selma si conocía a Peter y terminaron insultándose y agrediendo. Los vecinos tuvieron que separarlas, luego de haberse revolcado ambas por el patio. La noticia de que dos mujeres se disputaban el amor del célebre ladrón corrió por todo el barrio.

Carola no vivía en paz. El recuerdo de Peter la atormentaba, apretándole el pecho. Era algo tan antiguo y mortal como los celos.

Esta vez sí lo sintió, intuyó su llegada. Dejó que entrara y prendió el foco

que colgaba de un cordón del techo.

Le arrojó un vaso que se quebró en su cabeza, sin que ni siquiera se quejara.

—Maldito—le gritó. Arrojó otro objeto que fue a estrellarse contra la sombra de Peter. Ahora el grito fue del ladrón quién chorreaba sangre por la cabeza. Carola confundida, pues sabía que había tirado a no acertar, solícita, fue a consolar a su amado herido.

—Eres una mala mujer, Carola. No sé qué te

crees. Te visito porque me gustas, tu olor me fascina. Sí, eres la que más me gusta, pero tus celos son insoportables. Ahora esto, golpearme en la cabeza. ¡No! ¡Basta, es demasiado!— E hizo ademán de salir por donde había entrado, por la ventana.

Carola lo retuvo sumisa, restañó la sangre de su cabeza y en eso, una vez más, se trenzaron en ardorosa unión. Pero la negra supo leer en el lenguaje corporal de las embestidas de Peter, que jamás regresaría. Que sería la última noche. Cuando lo sintió incorporarse para desaparecer, como otras veces, le dijo:

—Ya sé tu secreto, Peter, así como sé que no vendrás más. Pero me las pagarás.

Peter salió sonriendo, sin temor a lo que había dicho Carola. Eran solo bravatas. ¿Cómo una negra celosa podía conocer su secreto? Le bastaba como hasta ahora, moverse entre sombras.

Las palabras de aquel policía negro se habían grabado en su mente atormentándola “Crees que eres la única zorra que tiene. Eres una de tantas.”

Los policías no querían creer lo que había dicho sobre el secreto de Peter.

¡Estúpidos! Esos cholos no sabían que su raza aún guardaba secretos que viajaron con ellos, en los barcos de esclavos.

Cuando oyó los lamentos de la gente, imaginó la noticia. Esta la golpeó en el alma, así como el ruido de las sirenas de los radio patrullas en sus oídos. Con certeza supo que todo se relacionaba con Peter.

Corrió y en el rincón del patio, frente al cuarto de Selma, vio a aquel policía negro parado junto al cuerpo inerte del famoso ladrón. Él fue el único de los esbirros que al sorprenderlo le disparó a la sombra. Sus miradas se cruzaron con odio. La de él, le recriminaba haber revelado el secreto, y la de ella, el haberle creído.

ANDRÉS VILLA: Nació en la Ciudad de Panamá en 1950. Periodista y fotógrafo. Egresado del Diplomado en Creación Literaria 2003 de la UTP. Ha publicado: **La nueve** (novela; 2007) y **Perdedores** (cuentos; 2009).